

Un amor prohibido siempre arrastra mentiras
Un crimen siempre deja huellas

LORENA FRANCO

EL ÚLTIMO VERANO DE SILVIA BLANCH



Lorena Franco



El último verano de Silvia Blanch

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lorena Franco, 2020

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2020

Depósito legal: B. 55-2020

ISBN: 978-84-08-22171-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

27 DE JULIO DE 2017
LA DESAPARICIÓN DE SILVIA BLANCH

BERTA

Mi madre solía decir: «Cuando hace mucho calor pasan cosas malas».

Siempre ignoré sus profecías hasta ahora. Hoy sus palabras son clavos ardiendo en mi piel.

Cáncer. Hasta hace solo dos horas, esta palabra no significaba nada para mí, solo un signo zodiacal que a veces leo porque es el de mi exmarido, y una enfermedad que le diagnostican a otros.

A otros.

No a mí.

¿Qué va a ser de Ana? ¿Qué va a ser de mi pequeña Esther? Soy lo único que tienen.

¿Por qué yo?

Las lágrimas me dificultan ver con claridad la carretera; agarro con fuerza el volante cuando llegan las curvas que tan bien conozco. Las recorro a diario. Mi sueldo de limpiadora de oficinas no me da para el alquiler de un piso en Barcelona, donde tengo que bajar a trabajar cada día, así que llevo viviendo en la casona familiar de Montseny desde que Robert se fue a por tabaco y no volvió. Aunque vieja y destartada, nos sirve de cobijo a mis hijas y a mí. Es mejor que no tener nada. Mejor que vivir bajo un puente. Mejor que pedir en el metro. Con qué poquito he sabido consolarme siempre.

Respiro hondo. Pestañeo repetidas veces tratando de alejar las lágrimas. Intento pensar en positivo a pesar de este nudo en la garganta. La gente del pueblo es agradable. Llegado el momento, ayudarán a mis hijas si les falta. Eso quiero creer.

Dios mío.

Ya estoy imaginando cómo serán sus vidas sin mí.

¿Funcionarán las sesiones de quimioterapia? ¿La operación? ¿Conseguirán quitarme el bicho? Así lo ha llamado el doctor: «el bicho».

Las preguntas se amontonan en mi cabeza abotargada. La falsa esperanza de que todo va a ir bien me reconforta solo un poco, porque la posibilidad de que vaya mal está más presente. Visualizo la sonrisa del doctor. Parecía sincero al decirme que teníamos posibilidades, pero con el bicho nunca se sabe.

Todo el mundo teme morir; nadie está preparado para ese momento.

Mis lamentaciones y mi agonía van *in crescendo* con la misma rapidez con la que el cielo, de color oro rosado, empieza a oscurecerse y a poblarse de grandes nubes parecidas al humo de un fuego arrasador lejano. Vislumbro, a unos metros, el coche de la pequeña de los Blanch. Las ruedas de mi fatigoso Clio chirrían mientras tomo la curva despacio y compruebo si todo va bien, si necesita ayuda. Miro por el retrovisor y, al ver que no viene ningún otro coche, me permito la licencia de detenerme junto al Mini blanco de Silvia, cuya silueta veo moverse tras los arbustos en compañía de su novio de toda la vida, Daniel.

Sonrío con tristeza. Me dejo llevar por la nostalgia que me provocan los recuerdos. Bendita juventud. Benditos los arranques de pasión que te hacen cometer la locura de dejar el coche mal estacionado en una carretera estrecha de doble sentido sin apenas visibilidad.

Las siluetas, apasionadas, se mueven con determinación una frente a la otra, y yo, enjugándome las lágrimas, sigo mi camino preguntándome cómo demonios les voy a decir a mis hijas que tengo cáncer.

UN AÑO DESPUÉS

ALEX

Nunca he visto a mis padres tan orgullosos de mí. Les emociona abrir el periódico y ver el nombre de su hija —sin diminutivo, como a ellos les gusta— en la sección de noticias: Alejandra Duarte López.

—Como algo rápido y me voy, que hay lío en la redacción —le digo a mamá dándole un beso en la mejilla.

—Siempre con prisas, Alejandra —se queja—. Llévate un táper. ¿A que tienes la nevera vacía?

Me encojo de hombros y río. Las madres son adivinas.

Llego diez minutos tarde a la redacción. Son las cuatro y diez minutos, según indica el reloj de pared, y cuando Pol, el director, saca medio cuerpo por la puerta acristalada de su despacho y me llama, pienso en la excusa perfecta: retraso en el metro, alguien se ha tirado a la vía. Luego recuerdo dónde estoy. Que alguien se tire a la vía es noticia, por lo que sonrío fingiendo que reviso unos boletines, cojo mi móvil y me levanto con discreción.

—Te vas —dice dándome la espalda y volviendo con tranquilidad a su sillón de cuero.

—¿Cómo que me voy? Solo he llegado diez minutos tarde, no...

—A Montseny —me interrumpe—. Te vas a Montseny a pasar el fin de semana. El día 27, justo en una semana, se cumple un año de la desaparición de Silvia Blanch, ¿recuerdas el caso?

—Sí, aunque fue Dídac quien estuvo allí. —«¿No recuerdas cuánto me fastidió que no me dieras la noticia?», me callo.

—Lo sé, pero Dídac está de vacaciones y no conozco a nadie más sentimental que tú en este periódico. ¿Aún escribes novelas románticas?

—No, ahora me he decantado por la novela negra.

—Ah, estupendo. A ver si un día de estos nos sorprendes —suspira poniendo los ojos en blanco sin disimular su nulo entusiasmo por mi futuro literario. Me tiende una carpeta marrón. Enarca las cejas y me dedica una sonrisa, una de esas con las que tiene conquistada a media redacción—. Quiero publicar el artículo el viernes que viene.

Abro la carpeta. Los ojos de Silvia Blanch me miran fijamente. Tan verdes, grandes y brillantes como esmeraldas, transmiten fuerza e inteligencia. Melena castaña recogida en una coleta alta; labios finos, con el gesto serio; pómulos altos, envidiables; piel bronceada y nariz recta. Se adivina una blusa de manga corta de color fucsia, puede que fuera la preferida de su armario; era la misma que llevaba cuando desapareció. Sobre su hombro derecho sobresale la mano fuerte de un hombre, seguramente la de Daniel Segura, su novio desde que tenían dieciséis años. No sé lo que me está diciendo Pol; me he quedado embelesada con la fotografía que apareció en todos los medios de comunicación el año pasado, cuando saltó la alarma tras llevar 72 horas desaparecida. La última persona que la vio fue una vecina. Durante todo el verano, día sí, día también, los periódicos y los canales de noticias nos mostraban esta misma imagen, y luego, en otoño, se esfumó. Ya no era de rabiosa actualidad. El

mundo olvidó a Silvia Blanch como olvida diariamente tantas tragedias ajenas.

En España se producen alrededor de 38 desapariciones diarias. Eso son unas 14.000 personas al año. Los registros señalan que en un año hay 140 personas de las que no se vuelve a saber nada. Desde que en 2010 entró en funcionamiento el PDyRH (Personas Desaparecidas y Restos Humanos), el número de denuncias ha llegado a la friolera de 121.118, de las cuales el año pasado permanecían activas 4.000, y eso sin contar con las anteriores que no fueron denunciadas. Algunos de los desaparecidos son encontrados vivos o muertos. Después de todo, las desapariciones suelen tener una explicación.

Silvia Blanch llamó la atención por la insistencia de sus padres. Por guapa. Por joven. Porque se llevaba bien con todo el mundo y no tenía problemas con nadie ni antecedentes de una mala reputación. Era una mujer ejemplar con un futuro prometedor. Fue de interés para los medios por su extraña desaparición. Su coche, un Mini blanco, con las llaves en el contacto y el motor apagado, apareció abandonado en una de las curvas que llevan a Montseny, el pueblo donde vivía con su novio y en el que reside su familia. Lo insólito era que la puerta del copiloto estaba abierta, pero no había restos de sangre ni indicios de violencia que hicieran pensar que se la llevaron a la fuerza. Con ayuda de cientos de voluntarios, realizaron una amplia búsqueda por la zona durante varias semanas. Se repartieron folletos y pegaron carteles en toda la comarca. Se ofrecía recompensa. Los buzos inspeccionaron el fondo del pantano de Santa Fe, el más cercano al pueblo, para dar con el cuerpo de la joven o al menos con alguna pista. Las búsquedas resultaron infructuosas, no encontraron ni siquiera su teléfono móvil, aunque decían que parecía que lo tuviera pegado con pega-

mento en la mano, y que dejó de dar señal la misma noche en la que la esperaban en casa para cenar y no apareció. Solo hubo un testimonio, el de una mujer llamada Berta Bruquera, que aseguró haber visto a Silvia con su novio tras los matorrales de la cuneta que lindan con el bosque un poco antes de las diez de la noche. Pero las probabilidades de que fuera Daniel eran nulas, porque estaba en Barcelona jugando un partido de fútbol con sus compañeros de trabajo. Quedaba descartado como sospechoso, tenía una coartada sólida, y Berta acabó reconociendo que en realidad solo vio dos siluetas. No llegó a distinguir las caras; a esa hora estaba oscureciendo. Las lágrimas y la voz entrecortada del novio en televisión eran sinceras. Entonces, ¿quién era el hombre al que la vecina vio la misma noche en la que le habían diagnosticado un cáncer de pecho? Nadie lo sabe. ¿Qué le ocurrió a Silvia Blanch? Su desaparición no tardó en difuminarse hasta desaparecer del todo por falta de pruebas. La gente tampoco tardó en dar su opinión. Para la mayoría fue más fácil pensar que la joven se había ido por voluntad propia y que debía estar en algún lugar, lejos del pueblo del que decía, a veces, que se le quedaba pequeño. También se barajó la hipótesis del secuestro, pero duró poco; Silvia no provenía de una familia rica como para pedir un rescate, y hoy ya no se habla de esa posibilidad. Lo único evidente es que en una semana se cumplirá un año desde que se evaporó. Qué corto les debe parecer el tiempo a los muertos. Estoy en el bando de los que creen que Silvia Blanch ya no existe en este mundo.

¿Qué le pudo ocurrir? Lamento no tener la respuesta.

—Sus padres y su hermana están de acuerdo en hablar con un periodista. No llevamos fotógrafo, que se me sale del presupuesto. Utilizaremos fotos de archivo —añade Pol rápidamente, como si tuviera activado el piloto automático—.

La dirección está en la carpeta, he concertado la cita para mañana por la mañana a las diez. Les he dicho que eres la mejor. Se hablará del caso, claro, pero, por lo que tengo entendido, ningún otro periódico ha tenido la genial idea de ir hasta allí, hablar con la familia y escribir algo ñoño después de un año. Colaborarán contigo con la intención de que vuelva a activarse la búsqueda y Silvia no se convierta en un caso perdido y olvidado que archivaron a los tres meses. Sobre todo, Alex, quiero que ahondes en el dolor de esos padres que no han vuelto a saber nada de la hija de la que más presumían. En el dolor de esa hermana que escribió un artículo en el que dijo que le faltaba su otra mitad. En el dolor de...

—Lo he pillado, Pol.

—Me tengo que ir —dice con prisas mirando el reloj—. ¿Necesitas algo más?

—¿Dónde me hospedo? —pregunto levantándome al mismo tiempo que él—. ¿O tendré que subir y bajar desde Barcelona? Se tarda algo más de una hora en llegar, ¿a que sí?

—Te lo he dicho al principio, Alex... ¿Dónde tienes la cabeza? —replica exhausto. Cómo se nota que es viernes—. Tienes reserva para esta misma noche y la de mañana en el hostel Montserrat. Vuelve el domingo, cuando lo tengas listo, y el lunes a primera hora quiero que se me salten las lágrimas con tu artículo. ¿Hecho?

—Vale. ¿Me pagarás la gasolina? ¿Un extra por trabajar en fin de semana?

Para cuando termino de formular mis reivindicaciones, y antes de que me dé tiempo a pedir las por escrito, Pol ya ha salido de su despacho. Con la carpeta del caso Blanch bajo el brazo y mi móvil en la mano, vuelvo a mi cubículo, cojo el bolso, me despido de los cuatro periodistas que que-

dan un viernes por la tarde y salgo a la calle, donde el golpe de calor me azota sin piedad.

Menos mal que es verano y no anochece hasta tarde. No quisiera verme conduciendo por estas curvas de noche; la carretera da miedo. Reduzco la velocidad cuando paso por el lugar donde encontraron el coche de Silvia. Su foto y unas flores colgadas en el poste que hay tras los matorrales me indican que el misterio se inició en este punto que tantas veces vi en televisión; nunca en directo. Hay alguien que todavía no ha perdido la esperanza de encontrarla, ya sea viva o muerta.

No paro de darle vueltas al asunto, igual que hace un año, cuando desapareció. Tenía mi edad. Ahora tendría, igual que yo, veintinueve años, y una vida mucho más ordenada y estable que la mía. Podría haber sido yo, pero le tocó a ella. ¿Está en algún lugar, lejos, riéndose de nosotros? ¿Fue víctima de un asesino despiadado a quien ni siquiera conocía? En mi opinión, pese a que los medios mostraron un interés excesivo por la chica, la Policía se rindió muy rápido cuando descartó a los principales sospechosos. Antes de coger el coche, he visto varios vídeos en YouTube. Declaraciones de sus padres. El padre parecía muy enfadado, como para no estarlo, y con los ojos inyectados en sangre, como si la noche anterior se hubiera emborrachado, dijo con contundencia: «Si no van a formar parte de la solución, que no formen parte del problema».

Y ahí terminó todo. Sin sospechoso, ni móvil, ni arma, ni huellas, ni un solo testigo fiable, ni pruebas..., ni una sola pista útil. Caso archivado. Fin para algunos; el inicio de un insufrible tormento para otros.

«No saber qué fue de...»

¿Acaso existe algo peor?

Silvia Blanch estudió Derecho en la Universidad de Barcelona y, nada más terminar, la contrataron en el mismo bufete de abogados donde había hecho las prácticas. Era deportista, se le daba bien jugar al tenis, y hasta había hecho sus pinitos en algún torneo local. Llevaba saliendo con Daniel desde los inocentes dieciséis años; parecían la pareja perfecta, con planes de futuro, casarse, tener hijos... Vivían juntos en el pueblo y bajaban a diario a Barcelona para ir a trabajar. Tenían amigos, eran populares, salían con la misma gente desde que tenían cinco años. No he llegado a Montseny, pero lo imagino idílico, con casas de piedra, buenas vistas, olor a leña y gente amable y hogareña que te saluda aunque no te conozca.

—Pudo ser un forastero. Es lo que todos creyeron —digo en voz alta, tratando de sintonizar la emisora de radio. Se ha perdido la señal. Le echo un vistazo rápido al móvil. No hay cobertura. Mierda.

¿Y el cuerpo?

Un cuerpo no desaparece así como así. Tarde o temprano, dan con él.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal cuando paso por un restaurante de carretera y veo a cuatro ancianos sentados en sillas de plástico fumando puros y sosteniendo unos carajillos. Qué visión tan esperpéntica, tan de película de terror en la típica y previsible Ruta 66. Parecen cuatrillizos, van vestidos igual: pantalones marrones de hilo y camisas con estampado de cuadros. Me miran con desconfianza. Ya. La forastera ahora soy yo.

Sigo carretera arriba muy despacio. No conozco las sinuosas curvas que se me presentan; debo ser precavida. Tras la montaña se ocultan las típicas casas campestres, de piedra y tejado de pizarra, a las que se accede por caminos de tie-

rra flanqueados por frondosos árboles. Por fin llego al Passeig de la Font, que me da la bienvenida al pueblo. El centro, aunque diminuto, es bonito. Por poco no atropello a un niño que está distraído jugando al balón, y otro, a lo lejos, montado en su bicicleta, me grita: «¡Zorra!».

Ajá, sí, un pueblo idílico, tal y como había imaginado, aunque el delito principal debe ser beber hasta altas horas de la madrugada y regresar a casa en coche. Que alguien hubiera podido hacerle algo a Silvia les parecía inverosímil a los tranquilos habitantes de Montseny que se mostraron consternados ante las cámaras.

Haciendo caso a las indicaciones del GPS, sigo avanzando por el Passeig de la Font. A medida que subo, la carretera asfaltada se vuelve más estrecha y empinada hasta llegar a un callejón sin salida, donde me recibe el encantador hostel cuya fachada de cemento gris contrasta con los colores vivos de los geranios repartidos en varias macetas que adornan ventanas y esquinas. Aparco el coche. Si algo me gusta de los pueblos es que puedes aparcar donde quieras; siempre hay sitio. Todo a mi alrededor me recuerda que estoy en la montaña, con un verdor esplendoroso incluso en verano. La vegetación es variada; robles, pinos y encinas destacan entre el aire puro; mejor no miro hacia abajo que tengo vértigo, y hay una brisa agradable cuando en Barcelona el bochorno ya es insoportable. Me enciendo un cigarrillo, no vaya a ser que mis pulmones se acostumbren a lo bueno.

Por un momento, observando distraída a un par de jubilados sentados a las mesas de plástico de la terraza —«la juventud del pueblo», como diría mi padre—, me pregunto si debe haber alguna casita en alquiler por aquí. Fantaseo con la posibilidad de dejar el periódico, huir de la ciudad y ponerme a escribir a mansalva. Soy una escritora encerrada

tras unos paneles sintéticos y despersonalizados que sueña con publicar una novela y recorrer el mundo con ella; es algo que siempre he querido y, además, podría vivir en cualquier sitio. Este pueblo sería ideal. Un remanso de paz. Aunque puede que, al igual que a Silvia Blanch, se me quede pequeño. ¿Enloqueció y se fugó, como piensan algunos?

Qué sé yo.

Cojo mi maleta, donde llevo lo más preciado: mi ordenador portátil y la carpeta con todo el material que atañe al caso Blanch. Ha llegado el momento de ser profesional y ponerme seria. Tiro la colilla, la aplasto contra el suelo y entro. Me cruzo con una joven pareja de turistas que hablan francés y, por cómo se miran, parece que estén viviendo una preciosa luna de miel.

Lo primero que aparece ante mí es la recepción, con las paredes revestidas de madera y fotografías enmarcadas del pueblo.

—Buenas tardes —saludo a la mujer que está tras el mostrador—. Tengo una reserva a nombre de Alejandra Duarte.

—La periodista —asiente sin dignarse a saludarme, levantando la vista del sudoku que está haciendo y escudriñándome con curiosidad por encima de sus gafas redondas de montura dorada.

Pues empezamos bien.

—La misma.

No sonrío. Parece que mi presencia la incomode. Mientras la señora va a hacer una fotocopia de mi DNI, le mando un wasap a Dídac:

Alex 20:10

¿Te alojaste en el hostel Montserrat cuando cubriste el caso de la desaparición de Silvia Blanch?

¿Te miraban mal por ser periodista?

—Habitación 13, última planta.

Rápida como un rayo, le echo un vistazo a la placa que lleva colgada con un imperdible en la camiseta de algodón rosa. Se llama Montserrat, como el hostel. Debe ser la propietaria.

—Verá, Montserrat, no es por ser puñetera, pero el trece me da mal rollo.

—¿Le da qué?

—Que no me gusta. El trece no me gusta. Verá, es que soy muy supersticiosa.

—Pero no tengo ninguna otra habitación preparada y las otras están ocupadas —se excusa conteniendo la risa que le ha provocado mi queja.

—Puedo esperar a que prepare otra. No importa.

—Lo siento —dice encogiéndose de hombros.

—Yo lo siento más.

Me tiende la llave; la cojo con temor. La señora de cabello cano y mirada inquisidora, que debe rondar los sesenta años, sonrío esta vez para señalarme con el dedo el ascensor. Huele a lejía, han fregado hace poco.

Ya en el pasillo, busco mi habitación y, en el momento en que me peleo con la llave para abrir la puerta, recibo la respuesta de Dídac:

Dídac 20:20

Sí, nos odian. ¿Recuerdas mi nariz?

El recuerdo del día que llegó a la redacción con la nariz rota va acompañado de una fotografía de sus pies feos y peludos sobre la arena blanca de alguna playa del Caribe.

«Maldito.»

Observo la habitación cuadrada, con más fotografías de Montseny colgadas en sus paredes amarillas. Una cama de

matrimonio vestida con una colcha granate me recibe fría, el colchón tiene pinta de ser duro; enfrente hay una ventana con vistas a la entrada y un escritorio arrinconado al lado de un sillón orejero verde. Aunque sencilla, es agradable; huele a madera vetusta y a hojas de té, con una ligera fragancia a lavanda seca.

Abro la maleta y saco la carpeta marrón. Miro el reloj, son las ocho de la tarde y, aunque he quedado con los padres de Silvia mañana a las diez, podría aprovechar para dar un paseo antes de cenar e interrogar a quienquiera que me encuentre.